El Che no puede morir ahora… ni nunca

14/06/2018



Ernesto Guevara de la Serna no es simplemente el personaje romántico y novelesco que por ahí todavía pintan (aunque su vida pareciera —y mereciera— una gran novela épica). El Che no es el ícono de la moda, un mero referente estético, un producto de mercados y boutiques (aunque tanta gente lleve con orgullo su imagen estampada en la ropa). El Che es mucho más que la postal o el póster, o el recorrido turístico por los monumentos que lo recuerdan. Ernesto Guevara tiene que ser más que una página en los libros de historia.

A noventa años de su nacimiento, su lucha sigue inconclusa. Por lo tanto, el Che tiene mucho que hacer todavía.

Las injusticias que denunció y combatió persisten, y en algunos casos se han ahondado. La dignidad plena del hombre (de millones de personas en el mundo entero) es todavía una utopía. Los tiempos han cambiado (y con ellos las herramientas para asumirlos y transformarlos), pero el ansia de emancipación sigue intacta, aunque tanta gente parezca adormilada.

Mercantilizar el impacto de una personalidad política y cultural de esa estatura no es una casualidad, es parte de un empeño bien pensado: el diabólico mecanismo que inutiliza a los que lo enfrentan, los convierte en figurines. El Che no puede morir porque la sociedad contemporánea tiene demandas insatisfechas, que el héroe contribuyó a identificar. Y ofreció también ejemplo de acción ligada al pensamiento. Los que sostienen la idea de que el devenir del Che fue un camino hacia el fracaso, la confirmación de un error estratégico, ignoran el imperio de las circunstancias. Y sobre todo, la fuerza del ejemplo. El camino de los precursores nunca es plácido. Y el Che abrió un camino. Está ahí, hay que remontarlo.